

Textos y
documentos

Declaración colectiva de los Revmos. Metropolitanos españoles

Ante el Concilio Ecuménico Vaticano II

ESTE año de 1961 vivimos en nuestra Santa Madre la Iglesia católica dos acontecimientos que reclaman especial atención. Estamos en las vísperas del Concilio Ecuménico Vaticano II y nos preparamos a celebrar el próximo mes de noviembre el octogésimo aniversario del nacimiento de nuestro amadísimo Papa Juan XXIII. Son dos acontecimientos que pudieran parecer totalmente diferenciados y distantes. Pero nuestro corazón tiene que unirlos muy estrechamente, porque la mejor manera de expresar nuestra solidaridad con el Papa en este año octogésimo de su vida es sentir íntimamente con él, y ningún afán más entrañable a Juan XXIII en estos días que el éxito sobrenatural del Concilio. Por esto, y con el fin de llevar a los fieles a una compenetración muy sentida con los deseos del Papa, hacemos esta Declaración sobre lo que es un Concilio, lo que pretende el ya próximo Vaticano II y las condiciones espirituales con que debemos prepararnos a su celebración.

LO QUE ES UN CONCILIO ECUMENICO

Juan XXIII anunció el propósito de convocar a Concilio en la inolvidable mañana del 25 de enero de 1959. La noticia conmovió al mundo católico e incluso a los no creyentes. Desde entonces se viene hablando mucho del Concilio. Se multiplican los artículos en las revistas y en la Prensa. Pero los comentarios se limitan muchas veces a detalles anecdóticos sobre asambleas conciliares anteriores o sobre la marcha de los preparativos de la próxima, cuando no se pierden en elucubraciones sin sentido sobre sus fines, desorbitándolos de su ser verdadero, bajo la presión de ideas más propias para juzgar de un parlamento político que de un Concilio de la Santa Madre Iglesia. Lo que de verdad importa es otra cosa: que penetremos en lo hondo del misterio de la Iglesia para apreciar en toda su profundidad lo que es un Concilio Ecuménico.

Un Concilio Ecuménico, si lo consideramos en su aspecto más exterior y jurídico, es la asamblea de los Obispos de todo el orbe católico, convocada por el Romano Pontífice para deliberar y resolver los asuntos de la Iglesia Universal, bajo la presidencia personal o delegada del mismo Romano Pontífice y con su aprobación. Pero para entenderlo en toda su realidad, es necesaria una consideración más profunda, que nos haga ver en un Concilio Ecuménico la expresión sensible de la vitalidad de la Iglesia, es decir, de la unidad, de la catolicidad, de la santidad y de la apostolicidad, que son notas características del Cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia.

Nuestra Santa Madre Iglesia prolonga en el tiempo y en el espacio el ser, la misión y los poderes de su divino Fundador. Cristo mismo es su Cabeza. Cristo la gobierna y santifica a través de los pastores elegidos por El para apacentar su grey. Cristo es la Vida de la Iglesia. El tiene la plenitud de la Vida y de su plenitud participamos todos (Jo., I, 16). Y el Espíritu de Cristo es como el alma dada por El a la Iglesia para que esté en ella y la anime por siempre (Jo., XIV, 16).

Este ser sobrenatural de la Iglesia explica su indefectibilidad en todas y en cada una de sus notas esenciales, a pesar de la inclinación al error y al pecado que la culpa original dejó en nosotros. La Iglesia vive siempre su unidad en la doctrina y en los medios de santificación que Jesús le dejó en rica herencia, venciendo el principio de división y de desintegración que es el pecado. La Iglesia es siempre católica, abierta a todos los hombres en la constante afán misionero, como arco en constante tensión, para llevar la fe cristiana a todos los hombres que la desconocen, superando el egoísmo, que, alimentando sus raíces en el pecado, trata de cerrar a los individuos y a las colectividades sobre sí mismos. La Iglesia es siempre santa en su doctrina y en su vida y es Madre generosa de santos en todo tiempo y en todo lugar, no obstante el pecado con que sus miembros ponemos manchas y arrugas en su faz. Y la Iglesia es siempre apostólica, sin innovación alguna sustancial en su constitución jerárquica de origen divino, fuere cual fuere la variabilidad de las modas cambiantes de gobierno entre los hombres, y sin perder nada de su fidelidad a la doctrina enseñada por Cristo a los Apóstoles, mantenida siempre en su contenido y en su interpretación, aunque proyectándola a los problemas nuevos que va planteando la Historia.

Dicha indefectibilidad de la Iglesia es fruto de la presencia constante de Cristo y de su Espíritu en el Cuerpo místico. Sólo el Señor puede obrar ese grandioso milagro moral que es la Iglesia en sí misma, como enseñó el Concilio Vaticano I (ses. III, cap. 3). Pero Cristo Nuestro Señor, acomodándose a nuestro ser humano, ha querido que su acción sobre la Iglesia se haga sensible en unos hombres, elegidos por El, que constituyen la Jerarquía. Por su medio asegura a los fieles esas cuatro notas características del misterio de la Iglesia. El Papa y los Obispos constituyen la Jerarquía. A ellos entregó el Señor sus poderes y les prometió una asistencia infalible en todas aquellas circunstancias en que estuviere en juego el conjunto del pueblo fiel en todo lo referente a la fe y a las costumbres. Son impresionantes los textos evangélicos, en que Cristo insiste en este poder de la Jerarquía. Impresionan por su número y por la firmeza con que el divino Fundador de la Iglesia exige una plena sumisión doctrinal y disciplinar a la Jerarquía. Recordemos algunos: «El que a vosotros oye, a Mí me oye» (Lc., X, 16); «Predicad el Evangelio a toda criatura..., el que no creyere, será condenado» (Mc., XVI, 16); «El que no oiga a la Iglesia —y habla de la Jerarquía de la Iglesia—, sea tenido por gentil y público, porque en verdad os digo que todo lo que atareis sobre la tierra será atado en el cielo y desatado en el cielo todo lo que desatareis en la tierra» (Mt., XVIII, 17).

De aquí que, en todo momento, la única manera de sentir con Cristo sea sentir con la Jerarquía constituida por el Papa y los Obispos. Quien de ellos se aparta, de Cristo se aparta. No comulgar con sus enseñanzas es perder la Verdad de Jesús. Aferrarse a intereses personales, aun cuando fueren legítimos y hasta santos, con desprecio de los universales de que cuida la Jerarquía, es ahogar la catolicidad en el propio egoísmo. Discrepar de las normas de conducta trazadas por el Papa y los Obispos es alejarse de la santidad, desvariando por caminos de pecado. Y supone siempre una quebra de la apostolicidad toda rebelión de cualquier clase contra la autoridad doctrinal, litúrgica y moral de la Jerarquía, que hereda el triple poder magisterial, sacerdotal y disciplinar que Jesús, Maestro, Sacerdote y Rey, comunicó a los Apóstoles.

Esta indefectibilidad de la Iglesia, asegurada por la Jerarquía, es una constante de su ser en todo tiempo. Va desarrollándose de una manera sencilla pero efficacísima, a través del ejercicio ordinario del poder del Papa y de los Obispos en comunión con el Papa, respecto al gobierno de sus diócesis. Pero hay momentos de especial trascendencia histórica en los que es conveniente y aun necesario que la acción de la Jerarquía se haga de modo extraordinario y solemne. Dicha trascendencia histórica puede ser debida a la aparición de errores singularmente graves y peligrosos, o puede venir dada por crisis especialmente hondas del vivir humano, que afectan a la Iglesia, sociedad humana y divina a la vez. En tales circunstancias el poder extraordinario de la Jerarquía se hace sensible, unas veces, por una definición «ex cathedra» de los Romanos Pontífices, y otras, por un Concilio Ecuménico, en que brillan con especial fulgor las notas de la Iglesia. Sus frutos son la reafirmación de la fe de los católicos y el testimonio del misterio de la Iglesia ante los que no lo son; la evidencia de la fidelidad de la Iglesia al Señor en medio de cualesquiera crisis o dificultades, y la prueba de que la Verdad de Cristo tiene una palabra que decir en todo tiempo para señalar a los hombres el único camino de su salvación.

A la luz de estas consideraciones es fácil comprender lo que es un Concilio Ecuménico: la expresión sensible de la unidad, de la catolicidad, de la santidad y de la apostolicidad de la Iglesia. En él se reúnen el Papa y todos los Obispos del mundo, que es tanto como decir toda la Iglesia, porque cada Obispo entraña en sí a su diócesis, de cuya fe es maestro, de cuya vida sobrenatural es pontífice y cuya vida moral gobierna en el nombre del Señor. El propio Papa Juan XXIII nos ha explicado este ser del Concilio Ecuménico diciéndonos que tiene que ser «vasto para encerrar todo lo que puede relacionarse con las antedichas cuatro notas de la Iglesia, y digno de ser seguido no tanto a título de histórica exploración del pasado cuanto para señalar lo que, según las indicaciones de la experiencia, sugieran las circunstancias presentes como más ágil y más eficaz para dar realidad a los divinos querer de Jesucristo». (Discurso a los alumnos del Seminario Mayor Romano del 12-XII-1960.)

EL CONCILIO ECUMENICO VATICANO II

*Largo sería ir repasando ahora la historia de los veinte Concilios Ecu-
ménicos celebrados hasta aquí para ver de qué manera se cumplió en cada
uno de ellos su dicha razón de ser. En todos un estudio de su momento
histórico y de sus resultados nos llevaría a la confirmación de cuanto he-
mos dicho sobre los Concilios en general. Pero nos importa mucho más
detenernos a considerar cuáles son las circunstancias en que va a cele-
brarse el próximo y cuáles, en consecuencia, los frutos que de él espera
el Papa y, con él, la Iglesia entera.*

*Estamos viviendo una hora especialmente grave de la historia de la
humanidad. Los problemas se cruzan y entrecruzan en número grande,
como quizá nunca en ningún otro momento del pasado. Y lo que da más
gravedad a nuestro presente es la hondura y universalidad de dichos pro-
blemas. Afectan a los aspectos más fundamentales del ser humano y apa-
recen planteados por igual, con ligeras diferencias, en todos los pueblos
de la tierra.*

*De un lado, agitan la vida humana doctrinas y sistemas filosóficos y
políticos, económicos y sociales, que pretenden dictar a todos los hombres
de cualquier raza unos modos de vida que se contraponen a las enseñan-
zas del Evangelio, cuando no los contradicen diametralmente, como sucede
con el comunismo ateo. En este aspecto vivimos las últimas y más radica-
les consecuencias de errores que ya conocieron los dos últimos Concilios:
el de Trento y el Vaticano I.*

*De otro lado, los asombrosos progresos técnicos de los últimos cien años
han cambiado radicalmente la faz de la humanidad, elevando rápidamente
el nivel medio de vida y despertando la idea de la solidaridad humana
como nunca había sido vivida hasta aquí. Nuestra época se encuentra, en
este orden de cosas, ante una circunstancia absolutamente nueva de la
Historia, de consecuencias extraordinariamente importantes.*

*A nadie se oculta que todos estos problemas tienen una clara e inme-
diata repercusión en la vida de la Iglesia. Toda evolución individual o
social en la vida humana tiene siempre un grande interés para la Iglesia,
Madre de hombres y de pueblos. Pero es que, además, por una parte, el
progreso de la humanidad y su rápido desarrollo abren hoy posibilidades
y urgencias evangelizadoras sin igual en el pasado; y, por otra parte, la
confusión que siempre se produce en horas de crisis trata también de
infiltrarse en algunos sectores de la Iglesia. Hay un cierto espíritu de re-
beldía y de soberbia autosuficiencia entre determinados seglares mal for-
mados y poco piadosos; e incluso «entre los sacerdotes, especialmente entre
los menos dotados de doctrina y de vida menos severa —por decirlo con
palabras del Papa Pío XII—, se va difundiendo de modo cada vez más
grave y preocupante un cierto espíritu de novedad» (Carta Encíclica «Mentt
nostrae»), que se manifiesta en iniciativas que tratan de burlar el refrendo
de la Jerarquía, en críticas irrespetuosas contra su magisterio o sus ac-
tuaciones, y en opiniones peregrinas acerca de determinados devociones,
métodos de espiritualidad, menosprecio del culto a las sagradas imágenes,
procesiones, etc., en contra del sentir tradicional de la Iglesia.*

Nada extraño, por todo ello, que el Señor, que asiste siempre a la Iglesia según sus necesidades, venga haciendo especialmente sensible en su Cuerpo místico la efusión del Santo Espíritu. El promueve aquí y allí iniciativas santas de nuevas formas de perfección, alienta movimientos de renovación espiritual en los distintos planos del vivir de la Iglesia (el sacerdotal y el seglar, el litúrgico, el misionero, etc., etc.), e inspira la conveniencia de reformas que, salvo siempre la esencial inmutabilidad de la Iglesia, eleven a mayor perfección y pongan al día, por así decirlo, aquellas instituciones y prácticas que le ayuden a cumplir la gran misión de defensa de la fe y de propagación del Evangelio, que le apremia en esta hora.

Consecuencia igualmente de la asistencia del Señor a la Iglesia es que el Espíritu de Dios vaya promoviendo hoy especiales ansias de unión entre todos los creyentes en Cristo, mediante el retorno a la unidad de la Iglesia de quienes un día se apartaron de ella. La trascendencia de esta época exige más que nunca el cumplimiento del deseo de unidad que Cristo nos manifestó tan apremiantemente en la última Cena. Por esto, no sin inspiración divina, han surgido las iniciativas unionistas entre los hermanos separados; y, dentro de nuestra Santa Madre Iglesia, es el Espíritu el que hace cada día más dolorosa la conciencia de las divisiones y más fervorosa y unánime la oración por la unión, a la vez que sugiere nuevos esfuerzos para allanar el camino para el retorno de los disidentes a la casa del Padre, que está en Roma.

A dichos problemas actuales corresponden los dos fines principales del próximo Concilio Ecuménico, que ha de hacer brillar con singular resplandor la vitalidad de la Iglesia y su preciosa unidad. El primero de dichos fines es la revisión de nuestro vivir cristiano. Lo hizo sensible nuestro amadísimo Papa Juan XXIII, al anunciar en la misma fecha la revisión del Derecho canónico y la llamada a Concilio. Y de la universalidad de esta revisión habla bien claro la variedad de Comisiones preparatorias del Concilio, nombradas ya y en acción intensa, entre cuyos objetos diríase que no queda ningún aspecto de la vida de la Iglesia que no esté atendido de alguna manera. El segundo fin es la unidad cristiana. Lo indicó el propio Papa al hacer su primera alusión al Concilio, precisamente el 25 de enero de 1959, en los cultos finales del octavario por la unión de los cristianos.

Estos dos fines no son independientes entre sí. Porque estaría fuera de lugar esperar el retorno de los hermanos separados a la unidad de la Iglesia, como un fruto inmediato del próximo Concilio, según han malentendido algunos comentaristas, más amigos de sensacionalismos que de la verdad. Lo que el Papa quiere, y lo que todos tenemos que desear con él, es que el Concilio Vaticano II sea una expresión tan inequívoca de la vitalidad y eterna juventud de la Iglesia, de su unidad interior, de su verdad y de su caridad, que no pueda menos de llamar la atención de los hermanos separados. El mismo Juan XXIII nos lo dijo de manera clara en su primer Carta Encíclica, la «Ad Petri Cathedram», en la que presentó fundidos en uno los dos fines señalados al Concilio con estas claras palabras, que quiso repetir en la última festividad de Pentecostés, al iniciar la etapa preparatoria del Concilio: «Su fin principal es promover el incremento de

la Fe Católica y una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano y adaptar la disciplina eclesiástica a las necesidades de nuestros tiempos. Esto constituirá, a no dudarlo, un espectáculo tan maravilloso de verdad, de unidad y de caridad, que su vista, aun ante los que se separaron de esta Sede Apostólica, será una suave invitación, como lo esperamos, a buscar y encontrar la unidad, por la cual Jesucristo dirigió a su Padre celestial tan ardiente súplica» (Discurso de Pentecostés de 1960).

NUESTRA PREPARACION ANTE EL CONCILIO

Los preparativos del Concilio Ecuménico Vaticano II están ya en su segunda etapa. Durante más de un año se alargó la primera, introductoria o de toma de contacto, en que fueron consultados todos los Obispos y todas las Universidades católicas del mundo. Desde el día de Pentecostés de 1960 corre ya la segunda, preparatoria propiamente dicha, en la que trabajan numerosas Comisiones ultimando las ponencias. Paralelamente a esa preparación técnica del Concilio, es precisa otra, en la que deben tomar parte todos los fieles. Y de ésta queremos hablar en esta parte final, eminentemente práctica, de nuestra Declaración.

Tres son los modos más importantes de preparación, en que los fieles deben afanarse: el estudio, la oración y la unión estrecha con sus Obispos.

El interés por el Concilio no puede quedar reducido a una curiosidad por sus variadas fases de preparación de hoy y mañana por sus distintos actos. Debe convertirse en un estudio, acomodado a la capacidad de cada uno, de todos aquellos diversos aspectos doctrinales e históricos que se relacionan con la magna asamblea conciliar. El Papa nos exhorta a ello, diciendo que «una manera de cooperación en los méritos y beneficios del Concilio Ecuménico es seguir el curso de su desarrollo, ahondando en los principios doctrinales, en la cultura religiosa, en conocimientos históricos, de lo cual la inteligencia honrada y bien equilibrada saca un criterio acertado y práctico y unas inestimables enseñanzas» (Discurso de Pentecostés de 1960). Uno de los fines de esta misma Declaración es contribuir a esta mejor comprensión de lo que quiere ser un Concilio y de lo que, concretamente, persigue el próximo. Pero no podemos contentarnos con la atención que se preste a este documento. A todos exhortamos para que pongan sumo interés en su formación de cara al Concilio. Especialmente los miembros de la A. C. E. y de las demás asociaciones de apostolado seglar deberán procurar este conocimiento, aprovechando sus círculos de estudio, lecturas, conferencias, cursillos y otros medios que su celo les inspire.

No podemos olvidar, por otra parte, como ha dicho el Papa, que «un Concilio no es comparable a un tratado de política nacional o internacional» (Disc. cit.). Un Concilio es, ante todo, una realidad sobrenatural. El Espíritu Santo tiene que iluminar y dirigir el Concilio, como asistió a la primera reunión conciliar de los Apóstoles en Jerusalén (Hech., XV, 28). Y el Espíritu gusta de ser llamado con oración fervorosa. Jesús mismo ordenó a los Apóstoles que se prepararan con oración para la venida del Espíritu que les había prometido (Hech., I, 14). Siguiendo su ejemplo, to-

dos los católicos debemos prepararnos al Concilio con plegarias incesantes. El Papa nos exhorta a ello una y otra vez y ha indulgenciado una oración especial por el Concilio. «Rogad, amados hijos; rogad cada día por el Concilio», decía el Papa a los seminaristas romanos; y añadía el objeto de esas plegarias: «Oración intensa, personal y colectiva, para que la gracia del Señor prevenga, ilumine, encienda a cuantos ya fueron o podrán ser llamados a dar su contribución directa de ciencia y de consejo a las deliberaciones conciliares» (Discurso al Seminario Mayor Romano del 12-IX-1960).

Juan XXIII nos ha dicho igualmente que nuestra preparación debe manifestarse también en «una vida más intensamente fervorosa» (ibidem). Así debe ser en toda nuestra conducta. Pero como uno de los fines más importantes del Concilio es la llamada a la unidad y como esta llamada ha de realizarse, según el sentir del Papa, por el testimonio de la unidad interior de la Iglesia, claro es que la preparación al Concilio debe manifestarse en un especial cuidado para sentir filialmente con los sagrados Pastores, los Obispos, que gobiernan la Iglesia y cuya solemne asamblea con el Papa constituirá el Concilio. Los enemigos de Cristo tratan de perturbar esta unidad de la Iglesia, porque saben que en ella está la fortaleza que le viene de su divino Fundador. El comunismo quiere organizar en China una cristiandad cismática, separada de Roma. Y en todos los países en que domina, intenta, con poco éxito felizmente, separar a los Obispos del Papa y a los fieles y sacerdotes de sus Obispos, para lo cual le parecen buenas todas las malas mañas: infundatos, calumnias, etc. De modo más general, cuantos odian a Cristo y a su Iglesia, se afanan en todas partes por sembrar confusión, tratando de sugerir contradicciones sin sentido entre la fidelidad debida a Cristo y la debida a sus Obispos y al Papa, y maniobrando arteramente con intereses políticos o de cualquiera otra clase para enfrenar a los fieles con sus sacerdotes y a unos y a otros con sus Obispos. También entre nosotros se ha intentado últimamente esparcir nieblas de confusión de muy varias maneras: han circulado cartas firmadas por una sedicente «unión nacional del clero español», que no existe en realidad, y se ha multicopiado algún escrito antijerárquico en que se ve claramente la mano o la influencia de los enemigos de Dios y de su Iglesia. Es necesario recordar que no hay más que una sola manera de estar con el Papa: la unión con el propio Obispo. Cuando la Jerarquía habla, todo criterio propio tiene que ceder, porque la fidelidad al mensaje de Cristo, según enseñábamos en la primera parte de esta Declaración, sólo se concibe a través de la Jerarquía, dígan lo que quieran los enemigos de Cristo o algunos fieles y aun sacerdotes desorientados, que, mediante distinguos imposibles y absurdos, pretenden ser audaces y modernos y sólo son desobedientes o insensatos. La Iglesia ha de brindar en el Concilio un espectáculo maravilloso, auténtico milagro moral, argumento de su verdad: la unión estrecha de todos los miembros del Cuerpo místico, en que los fieles y sacerdotes viven en comunión con sus Obispos y éstos, unidos entre sí, en comunión con el Vicario de Cristo en la tierra, que es el Papa. Pero ya desde ahora hemos de vivir ese milagro de nuestra unidad como la mejor preparación para el Concilio. Es un deber de siempre, que

en estas vísperas conciliares y en esta hora de unidad es más apremiante y nos exige tantos mayores cuidados cuanto más y más peligrosos son los enemigos que contra ella trabajan.

No queremos terminar esta Declaración sin elevar los ojos a la Virgen María, Nuestra Señora. Ella presidió en el cenáculo la oración de los Apóstoles, que esperaban la venida del Espíritu Santo. Ella es, ahora también, nuestra esperanza, como mediadora de todas las gracias. De su bondad maternal esperamos que nos alcance la gracia de disponernos al Concilio con el afán de estudio, el espíritu de oración y la ferviente unidad que hemos señalado como su mejor preparación. Y esperamos, en fin, como reza la oración indulgenciada a favor del Concilio, que «renovados en nuestra época a través del Concilio los prodigios de un nuevo Pentecostés, la Iglesia santa, congregada en unánime y más intensa oración en torno a María, Madre de Jesús, y guiada por Pedro, extienda el reino del Salvador divino, que es reino de verdad, de justicia, de amor y de paz».

ENRIQUE, Cardenal Plá y Deniel, Arzobispo de Toledo; BENJAMÍN, Cardenal de Arriba y Castro, Arzobispo de Tarragona; FERNANDO, Cardenal Quiroga y Palacios, Arzobispo de Santiago; JOSÉ MARÍA, Cardenal Bueno Monreal, Arzobispo de Sevilla; LUCIANO, Arzobispo de Burgos; MARCELINO, Arzobispo de Valencia; LUIS, Arzobispo de Slón, Vicario General Castrense; RAFAEL, Arzobispo de Granada; JOSÉ, Arzobispo de Valladolid; CASIMIRO, Arzobispo de Zaragoza; ENRIQUE, Arzobispo de Pamplona, y SEGUNDO, Arzobispo Coadjutor de Oviedo.

FOTOGRAFADO

Misión

Color-Directo-Línea



Menorca, 32 y 37 - MADRID (9)